

RECURSOS INHUMANOS

Salía del ascensor en el piso 43 del edificio Five Page Mill justo cuando comenzó a sonar la alarma —una alarma de pesadilla, de esas que te animan a evacuar el edificio y que recuerdan a los gritos de un robot al que estuviesen torturando— y comprendí que había perdido toda posibilidad de intentar un acercamiento sutil.

¿He dicho ya que cuando me estreso suelo retomar mis viejas costumbres? Y el hecho de que me persiguiesen unos monstruos (y que quisieran convertirme en el chivo expiatorio del mayor marrón entre el Cielo y el Infierno de los últimos miles de años) estresa a cualquiera. Allí estaba yo, nervioso y necesitado de respuestas. Cuando me siento así, suelo seguir dale que te pego hasta que pasa algo.

No me ayudó a calmarme el hecho de que un fornido guardia de seguridad apareciese por la escalera a unos metros de mí, con los ojos como platos por un subidón de adrenalina y apuntándome a la cara con una pistola.

—¡Al suelo! —gritó, pero en lugar de seguir apuntándome con la pistola, empezó a moverla para señalarme dónde tenía que ponerme. En ese momento supe que aquello era pan comido.

—Espera, no... ¿no quieres ver mi placa de empleado, o... no sé? —Me esforcé en parecer un empleado cualquiera, confundido e inocente—. ¡P-po-por favor, no dispaes!

—¡Quiero que te tires al suelo! ¡Ahí! —Volvió a apuntar con la pistola hacia la moqueta, discreta y cara. Con el ruido de la alarma cada vez me costaba más oírlo, así que me lo jugué todo a esa carta y arrugué la cara en una mueca de miedo y confusión.

—¿Cómo? ¡No te entiendo! ¡No dispaes...!

—¡Al suelo, maldita sea!

Me agarró del brazo con la mano que le quedaba libre. Yo me incliné hacia atrás para hacerle perder el equilibrio y le tiré de la muñeca; avanzó hacia mí tambaleándose y agitando desesperadamente la mano en la que llevaba la pistola para intentar mantener el equilibrio. No le sirvió de nada, porque le di un golpe en toda la cara con el antebrazo que le hizo arquearse hacia atrás y que lo tumbó como si fuese un saco de ropa sucia. Estoy casi seguro de que también le rompí la nariz.

No sabía si los guardias de seguridad de Vald eran personas normales en plantilla o soldados de la Oposición, y tampoco tenía tiempo para ponerme a comprobar si aquel tipo tenía más pezones de la cuenta. (A decir verdad, salvo en unos cuantos aquelarres decididamente *retro*, los pezones de más ya no estaban de moda como símbolo de lealtad al Infierno.) Lo dejé tendido en el suelo, vivo pero inconsciente, y tiré su pistola y su walkie-talkie en una papelera por si acaso se despertaba antes de la cuenta.

Todo había salido como el culo; sabía que lo mejor sería largarme antes de que muriese alguien, pero tengo ese problemilla que ya he mencionado: cuando me pongo nervioso, agacho la cabeza y sigo empujando. Como un rinoceronte al que le picase algo, según las delicadas palabras de mi antiguo jefe. Decidí que, ya puestos, vería adónde me llevaba todo aquello.

Sabía que faltaban unos siete u ocho minutos como máximo antes de que el edificio se llenase de tíos con pistolas a los que no les importaría dispararme, así que subí corriendo por la escalera hasta el piso 44; allí me detuve durante un par de segundos para contemplar, por el ventanal del fondo del pasillo, la vista de las escalofriantes torres góticas de la Universidad de Stanford. La oficina principal ocupaba claramente toda la planta, así que entré por la única puerta que había y me quedé plantado ante la mujer más tranquila a la que he apuntado nunca con un revólver. Y además era atractiva: esbelta, de rasgos eurasiáticos, morena, con el pelo corto y una mirada extremadamente fría. Estaba casi seguro de que ya habría activado la alarma silenciosa.

—¿Y tú quién eres? —preguntó con el tono de voz aburrido de una empleada del Departamento de Vehículos Motorizados. Ni se molestó en mirar el cañón del .38, aunque estaba tan solo a unos centímetros de su cara—. ¿Y qué quieres?

—Vengo a hablar con tu jefe —contesté—. ¿Puedo pasar?

En su favor tengo que decir que no se molestó en discutir conmigo y ni siquiera me amenazó; se limitó a saltar por encima de la mesa bufando y con las garras preparadas, como un ocelote cargado hasta las cejas de anfetanas, empeñada en destrozarme la cara con sus largas uñas color Big Apple Red. Tras pasarme unos cuantos segundos rodando y forcejeando con ella por la moqueta, decidí que era tan fuerte como yo, posiblemente mejor luchadora y, casi con toda seguridad —a juzgar por las cosas raras que hacía con los ojos mientras rodábamos por el suelo y yo intentaba que sus dientes no me alcanzasen el cuello—, no era un ser humano. Vamos, que aquella zorra daba miedo de verdad.

A los demonios no les gusta la plata. Es uno de los pocos recursos tradicionales que funciona. Bueno, más o menos. (Por poner un ejemplo, a los servidores del Infierno el agua bendita les hace tanto daño como la Pepsi *light*.) La plata no siempre los mata, pero casi siempre les hace daño. Por desgracia, entre unas cosas y otras, aquella semana no llevaba encima ni una sola bala de plata, así que en cuanto conseguí que se me quedase una mano libre durante un segundo, le planté la pistola delante de la cara y le descerrajé tres balas de las normales. Tenía el silenciador puesto, así que el revólver no hizo demasiado ruido, pero ella no se cortó: retrocedió chillando como una taladradora eléctrica y arañándose lo que le quedaba de cara como quien intenta limpiarse el jabón que se le ha metido en un ojo. Luego volvió a por mí. Cualquier demonio normal que ocupase un cuerpo del mundo real habría caído al recibir un disparo en la cara, pero aquel era uno de esos típicos demonios testarudos con instintos asesinos: aunque le hubiese cortado los brazos y las piernas, se habría arrastrado por el suelo como una serpiente, lanzándolo dentelladas a los tobillos.

No soporto a los demonios testarudos.

En cuanto se hubo limpiado la sangre del ojo que le quedaba, dio un salto hacia delante, intentó rodearme con los brazos y volvió a tirarme al suelo. No quería gastar mis últimas balas, así que intenté dejarla inconsciente con un culatazo de mi Smith & Wesson, pero lo único que conseguí fue desplazarle la mandíbula de manera antinatural hasta un extremo de la cara; parecía que llevaba un inquietante disfraz de Popeye, pero aquello no la detuvo en absoluto. Volvía a tenerla encima, dándome

bofetadas e intentando sacarme los ojos con las uñas, así que no podía hacer otra cosa aparte de protegerme. La tía también intentaba a toda costa darme un rodillazo en la entrepierna y de ahí subir hasta el pecho, para que mis huevos y mi corazón se conociesen, un encuentro que no debería producirse jamás. Aquella tía no iba a traerme más que problemas; en cualquier momento aparecerían los guardias y todo habría acabado para vuestro nuevo amigo Bobby Dollar.

No era la primera vez que tenía encima una criatura furiosa y aulladora —y sabe Dios que probablemente no sería la última—, pero mientras la secretaria de Kenneth Vald me lanzaba dentelladas a la cara con su boca torcida y llena de colmillos, y me llenaba de espumarajos sanguinolentos, no pude evitar pensar en cómo había acabado metido otra vez en una situación extremadamente desagradable.

Y, tonto de mí, llegué a la misma conclusión de siempre: que todo había sido culpa mía.